

---

## *Quando el Consolador Haya Venido*

---



*Por Samuel Logan Brengle*

Un día frío de invierno, Henry Ward Beecher, el gran predicador de Brooklyn conocido por su ternura de alma, caminaba por una calle solitaria cuando encontró a un niño que lloraba amargamente. Lo recogió en sus fuertes brazos y lo arrulló contra su enorme pecho hasta que el niño cesó sus sollozos. Luego le preguntó:

“¿Qué tienes, Hijito?” El niño respondió:

“¡Naya, naya porque tú llegaste!”

Así es también con nosotros cuando el Consolador viene a morar. Él seca nuestras lágrimas, hace desvanecer nuestras tristezas, reafirma nuestros corazones, y nos da perfecta paz.

Continuamente Él se acerca a los hombres, pero los halla muy preocupados con sus propios asuntos. Para Él no queda tiempo ni lugar. Con ellos Él no puede morar. Las inundaciones de mundanalidad, de placeres mundanos, de pasión y de negocios, los anegan de tal manera que, como la paloma enviada del arca por Noé que tuvo que regresar porque no encontró donde sentar la planta de su pie, Él tampoco encuentra lugar dónde reposar. Pero cuando encuentra un corazón atribulado, cuyos placeres se han terminado, cuya pasión se ha acallado, cuyos negocios son secundarios a las necesidades

del espíritu, y que tiene hambre de Dios y sed de Él, allí Él encuentra dónde reposar. Entonces con esa persona Él viene a morar.

El advenimiento del Consolador es un evento santo, un acto solemne precedido por un pacto inteligente y solemne entre el alma y Dios. Es una santa unión amorosa entre el alma y su Redentor, y no un “matrimonio a prueba”. Ningún matrimonio de éxito se arregla a la carrera. Se considera con cuidado, y está fundado sobre una completa separación de otros amantes y una consagración total, sobre las más solemnes promesas y los más solemnes votos. De manera que si el Consolador ha de venir a morar y estar para siempre en nosotros, tenemos que apartarnos de otros amantes y vivir separados para Él. Tenemos que consagrarnos a Jesús completamente y para siempre, y comprometernos a ser del Señor para siempre, vengan los tiempos buenos o malos. Le hemos de confiar siempre. El ama que de esta forma verdadera y solemnemente se dedica a Él, será de Él y Él vendrá a ella a morar para siempre. Será su escudo, y su galardón será sobremanera grande.

Nos preguntamos: ¿Qué ocurre cuando Él viene? Deseo mencionar por lo menos tres cosas que con toda seguridad ocurrirán:

1. Habrá descanso en el corazón, un descanso que se refleja en el rostro de aquel que goza de él en la vida. Aquellos que tienen esta bendición tienen semblantes tranquilos. Los ojos toman un nuevo brillo. Frecuentemente, esa tranquilidad convence a los pecadores y a los cristianos no santificados de su necesidad, y los conduce a clamar por el perdón y por la pureza.
2. Hay una certeza y una confianza en el corazón, y ésta se percibe en el testimonio.

Puede ser que el testimonio no sea muy ruidoso, pero tendrá poder, porque no manifiesta incertidumbre ni dudas. Conlleva una nota de fe, conocimiento de certeza que acarrea convicción a aquellos que lo escuchan. El Consolador lo respalda. El fuego de Su bendito Presencia se hace sentir. ¡Aleluya! Y todo esto lleva a resultados inusuales. La gente toma nota de lo que se está diciendo. Algunos escucharán con gusto, y otros, por raro que parezca, se enojarán. Así fue el Día de Pentecostés. Una multitud creyó y fue convertida, pero algunos se burlaron y se enfurecieron.

Tales testimonios hacen que la gente sienta la dulzura del cristianismo, la realidad y la maldición de pecado, lo maravilloso y las posibilidades de la justicia, y la certeza del juicio venidero. El testimonio más sencillo del Espíritu Santo tiene algo de este poder en sí. Contiene realidad y eternidad. Dios está en él y por lo tanto tiene poder.

En Nueva Zelanda una joven de diecisiete años recibió esta bendición en una de mis campañas. Su hermano se había reído y burlado de su religión, pero ahora ella contaba con el Consolador para ayudarla. En su corazón había paz y amor y en su vida un nuevo poder. Unos cuantos días más tarde su hermano se le acercó y le dijo:

“Oye, Hermana, quiero hablar contigo un momento.” Y la invitó a pasar a un cuarto, cerro la puerta, y prorrumpiendo en lágrimas le dijo:

“Te he estado observando durante estos días, y quiero entregarme al Señor. Por favor, ora por mí.” Ella se alegró mucho. Oró con él, y él fue gloriosamente convertido.

La última vez que oí de él, había sido usado en la salvación de seis compañeros suyos, cajeros en el banco donde trabajaba. Dijo que se proponía ganarlos a todos para el servicio de Dios.

3. Un gran amor por Dios y una lealtad inquebrantable para con Jesucristo, llenan el corazón cuando el Consolador viene. Él glorifica a Jesús y testifica de Él. (Juan 16:14, 15, 26). Y ahora,

por el amor a Jesús, el servicio se vuelve algo natural e increíblemente fácil, y el alma está preparada para el sacrificio y el sufrimiento. El amor fluye como un río cuando el Consolador viene.

Pero cuando uno recibe esta bendición, el diablo no muere. De manera que a veces puede haber feroces y extrañas tentaciones. Pero como el barco sobre la tormentosa mar no podía naufragar con Jesús a bordo, así el alma no pudo ser derrotada cuando el Consolador mora dentro.

“El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.” (Romanos 15:13).

“Yo Te conozco, Jesús, que eres  
Salvador y Amigo del débil pecador.  
Sé que en la noche no me dejarás.  
Hasta el fin me amarás y conmigo estarás.  
Tus misericordias jamás me faltarán.  
Tu naturaleza y Tu nombre es Amor.”